

primera juventud, se pervierte su corazón y sus costumbres.

El niño, sin duda, no tiene aún ningún concepto de lo moral; pero se tuercen sus disposiciones naturales porque hay que emplear después castigos muy duros para volver bueno lo corrompido. Cuando después se quiere desacostumbrar á los niños de que se acuda presurosos á sus deseos, manifiestan un furor tan grande en sus gritos, como sólo son capaces de mostrarlo las personas mayores; faltándoles sólo las fuerzas para traducirlo en obras. Mandan de modo completamente despótico, en tanto que no tienen más que gritar para conseguirlo todo. Es muy natural que se enojen ante la pérdida de este dominio, pues aun las personas mayores, cuando han estado mucho tiempo en posesión de un poder, les es muy difícil deshabituarse de pronto.

Los niños no ven bien al principio, próximamente hasta los tres primeros meses; tienen, en efecto, la sensación de la luz, pero no pueden diferenciar unos objetos de otros. Para convencerse de ello basta enseñarles una cosa brillante; no la siguen con los ojos. Con la vista aparece también la facultad de reír y de llorar. Cuando el niño se encuentra en este estado, grita con reflexión, sea ésta todo lo oscura que se quiera, Entonces cree

que siempre se le hace daño. Dice Rousseau, que cuando se pega en la mano á un niño de seis meses, grita como si le hubiera caído en ella un tizón ardiendo. Realmente aquí supone ya la idea de una ofensa. Comunmente los padres hablan mucho de quebrar la voluntad de los hijos. No hay que contrariarles más que cuando previamente se les ha corrompido. Pues la primera corrupción nace de acceder á la voluntad despótica de los niños, en tanto que pueden conseguirlo todo con sus llantos. Después es muy difícil reparar este mal, y apenas se llega á conseguirlo.

Puede muy bien lograrse que el niño esté tranquilo; pero en tanto, consume su cólera y mantiene más y más su rabia interior. Así se le acostumbra al disimulo y á las emociones internas. Es muy extraño, por ejemplo, que los padres exijan á sus hijos que les besen la mano después de haberle pegado con la palmeta. De este modo se les habitúa al disimulo y á la falsedad; pues la palmeta no es un regalo tan hermoso que hayan de agradecerlo, y es fácil pensar con qué corazón besarán entonces la mano.

Para enseñar á andar á los niños se emplean ordinariamente los *andadores* y los *carretones*. Es chocante que se quiera enseñar á andar á un niño; como si un hombre no pudiera

andar por falta de instrucción. Los andadores, especialmente, son muy perjudiciales. Cierta escritor se quejaba un día de asma, que no atribuía sino á los andadores. Pues como el niño todo lo coge y arrastra por el suelo, apoya el pecho en los andadores, y como el pecho está tierno aún, se aplasta y después conserva esta forma. Los niños no aprenden con tales auxilios á andar tan firmemente como si hubieran aprendido ellos solos. Lo mejor es dejarles que se arrastren hasta que empiecen á andar poco á poco, por sí mismos. Por precaución se puede guarnecer el cuarto con cobertores de lana para que no se claven astillas, ni caigan en duro.

De ordinario se dice que los niños caen muy pesadamente; pero sin contar que no siempre sucede eso, no les hace daño caerse alguna vez. Así aprenden á guardar mejor el equilibrio y á hacer que la caída no les perjudique. Habitualmente se les pone las llamadas chichoneras, que son lo bastante salientes para impedir que el niño nunca pueda caer sobre su cara. Es una educación negativa emplear instrumentos allí donde el niño los tiene naturales. Aquí lo son las manos, que el niño pone ante él en las caídas. Cuantos más instrumentos artificiales se usen, tanto más dependerá el hombre de ellos.

En general, lo mejor sería usar menos instrumentos al principio y dejarles aprender más por sí mismos; lo realizarían más sólidamente. Sería así posible, que el niño aprendiera, por ejemplo, á escribir solo, pues alguien lo ha inventado una vez, y esta invención tampoco es muy difícil. Bastaría decirle, v. gr., cuando quiere pan: ¿Podrías pintarlo? Entonces dibujaría una figura ovalada. Se le podría decir que no se sabe si representa un pan ó un canto rodado; trataría después de dibujar la P y llegaría de esta manera á inventar con el tiempo su propio A B C, que más tarde podría cambiar por otros signos.

Algunos niños vienen al mundo con ciertos defectos. ¿No hay medio de corregir sus formas defectuosas á estos mal conformados? Los trabajos de muchos sabios escritores han probado que el corsé no sirve en este caso más que para empeorar el mal; para impedir tanto la circulación de la sangre y de los humores, como la muy necesaria dilatación de las partes exteriores é interiores de nuestro cuerpo. Cuando se deja en libertad al niño, ejercita todavía su cuerpo; siendo el hombre que lleva corsé mucho más débil cuando se lo quita, que otro que no se lo haya puesto nunca. Quizá se pudiera auxiliar á los que han nacido ladeados, colocando mucho peso donde los múscu-

los sean más fuertes. Pero esto es también muy peligroso; pues ¿qué hombre puede determinar su equilibrio? Lo mejor es que el niño se mueva por sí mismo y tome una postura, aun cuando le sea molesta, pues todas las máquinas no consiguen nada en este asunto.

Todos estos aparatos artificiosos son tanto más perjudiciales, cuanto más en contradicción están con el fin de la naturaleza en los seres organizados y racionales; en consecuencia, hay que dejarles la libertad de aprender á usar sus fuerzas. Sólo se debe impedir en la educación que los niños lleguen á ser flojos. El endurecimiento es lo contrario de la molicie. Se arriesga demasiado queriendo que los niños se acostumbren á todo. La educación de los rusos va en esto muy lejos. Pero también muere allí un número increíble de niños. El hábito es un goce ó una acción que se ha convertido en necesidad por la frecuencia de repetir el mismo goce ó la misma acción. A nada pueden los niños habituarse con más facilidad (y por eso nada se les tienen que dar menos) que á las cosas excitantes, por ejemplo, las bebidas calientes, el aguardiente, el tabaco. Es muy difícil después deshabituarlos de esto, y al principio va unido á molestias, porque el placer repetido produce un cambio en las funciones de nuestro cuerpo.

Un hombre es tanto menos libre é independiente, cuantos más hábitos tiene. El hombre, como todos los demás animales, conserva cierta inclinación á lo que se le ha acostumbrado desde el principio. Impídase, pues, que los niños se habitúen á alguna cosa y que nazca en ellos ninguna costumbre.

Muchos padres quieren acostumbrar sus hijos á todo. Pero esto nada vale, porque la naturaleza humana, en general, y la de los individuos, en particular, no se deja acostumbrar á todo, y muchos niños se quedan en el aprendizaje. Quieren, por ejemplo, que puedan dormir y levantarse á cualquier hora ó que coman cuando ellos lo exijan. Para poder sobrellevarlo es necesario un modo particular de vida, un régimen que fortalezca el cuerpo y que repare el mal que aquéllo ha ocasionado. Sin embargo, encontramos también en la Naturaleza mucha periodicidad. Los animales tienen un tiempo determinado para el sueño. El hombre debía también acostumbrarse á hacerlo á horas fijas para no perturbar al cuerpo en sus funciones. En cuanto á que los niños puedan comer á cualquier hora, no se puede alegar aquí el ejemplo de los animales. Porque siendo lo que comen los animales herbívoros poco nutritivo, el comer les es una ocupación ordinaria. Pero es muy conveniente

para el hombre comer en tiempo determinado. Asimismo, quieren muchos padres que sus hijos puedan soportar grandes fríos, malos olores, toda clase de ruidos, etc. Esto no es necesario cuando no se les ha acostumbrado á nada. Y para ello, conviene mucho colocar al niño en distintas condiciones.

Una cama dura es mucho más sana que una blanda. Generalmente, una educación dura sirve mucho para el fortalecimiento del cuerpo. Entendemos por educación dura el mero impedimento de la comodidad. Para la confirmación de este aserto, no faltan ejemplos notables, sólo que no se atienden ó, dicho más exatacamente, no se quieren atender.

En lo que se refiere á la educación del espíritu, que, en cierto modo, también se puede llamar física, se ha de cuidar ante todo que la disciplina no esclavice al niño; éste debe, por el contrario, sentir siempre su libertad, de tal modo que no impida la de otro; por lo que ha de encontrar resistencia. Muchos padres rehusan todo á sus hijos para ejercitar su paciencia, exigiéndoles mucha más de la que ellos mismos tienen: esto es cruel. Que se dé al niño todo lo que necesita y que se le diga después: ¡tienes bastante! Pero es absolutamente necesario que esto sea irrevocable. No se preste atención á los lloros de los niños, ni se acceda

á sus deseos cuando quieran alcanzar algo por sus gritos; pero déseles cuando lo pidan amigablemente, si les conviene. El niño se acostumbrará por este medio á ser sincero, y como no importuna á nadie con sus gritos, cualquiera, en cambio, les será benévolo. La Providencia parece haber dado á los niños un aire agradable para que puedan mover á la gente en su favor. Nada más perjudicial para romper su obstinación, que una disciplina servil y estrecha.

Se dice ordinariamente á los niños: ¡Uf, avergüénzate! ¡Qué indecente es esto!, etcétera. Pero semejantes expresiones no debieran encontrarse en la primera educación. El niño no posee todavía idea alguna del pudor ni de la decencia; no tiene por qué avergonzarse, no debe avergonzarse; así no se hará más que un huraño. Quedará perplejo á la vista de los demás, y se ocultará gustoso de la gente. De tal modo, adquiere una reserva y un disimulo perjudiciales. No se atreve á pedir nada y debía pedirlo todo; oculta su carácter, parece siempre de otro modo que es, y debería poder decirlo todo con franqueza. En vez de estar siempre con sus padres, huye de ellos y se arroja en los complacientes brazos de los criados.

Los mimos y caricias ininterrumpidas no

son nada mejor que esta educación estrecha. Esto fortifica al niño en su propia voluntad, le hace falso, y como le revela una debilidad de los padres, les roba la estimación necesaria á los ojos del hijo. Pero cuando se le educa de modo que no pueda conseguir nada con sus gritos, es libre, sin ser impertinente, y discreto, sin ser tímido. No se puede sufrir á un hombre atrevido. Muchos, tienen un rostro tan insolente, que ante ellos se teme siempre una grosería; así como se ven otros, por el contrario, á quienes se cree incapaces de decir una inconveniencia á nadie. Se puede parecer siempre franco, cuando á ello va unida cierta bondad. La gente dice, con frecuencia, de los hombres de alto linaje, que tienen un aire de realeza; pero la mayor parte de las veces éste no es sino una cierta mirada altanera, á la cual se han acostumbrado desde su juventud, porque no se les ha rehusado nada.

Todo lo dicho se puede considerar como perteneciendo á la educación negativa. Pues muchas debilidades del hombre, vienen no de que se le enseñe nada, sino de comunicarle impresiones falsas. Así, por ejemplo, las nodrizas hacen que los niños teman las arañas, sapos, etc. Los niños podrían ciertamente coger las arañas igual que las otras cosas. Pero como las nodrizas muestran su terror en su

aspecto tan pronto como ven una araña, este terror obra sobre el niño por una cierta simpatía. Muchos, lo conservan durante su vida y permanecen en esto siempre niños. Porque, en efecto, las arañas son peligrosas para las moscas, su picadura les es venenosa; pero al hombre no le perjudican. Y un sapo es un animal tan inocente como una hermosa rana verde ú otro animal cualquiera.

---

La parte positiva de la educación es la *cultura*. El hombre se distingue por ella del animal. Consiste, sobre todo, en el ejercicio de las facultades de su espíritu, por lo cual, los padres han de proporcionar ocasiones favorables á sus hijos con este fin. La primera y principal regla aquí es que se prescinda, en lo posible, de todo instrumento. Así, al principio, no se usan andadores ni carretoncillos, y se deja arrastrar al niño por el suelo hasta que aprende á andar por sí mismo, que es como andará más firmemente. Los instrumentos no hacen más que destruir la habilidad natural. Y así, cuando se usa un cordel para medir una extensión, pudiéndolo realizar muy bien calculando á simple vista; cuando se emplea un reloj para determinar el tiempo, bastando para

ello la posición del sol; cuando se sirve de un compás para saber el sitio de un bosque, pudiéndolo hacer asimismo por el sol, de día, y por las estrellas de noche. Hasta se puede decir, que en vez de usar una barca para ir por el agua, se puede nadar. El ilustre Franklin se extrañaba de que no aprendiera á nadar todo el mundo, no obstante ser tan agradable y útil. Citaba también una manera fácil para aprender á nadar por sí mismo: se pone un huevo en un arroyo, en cuyo fondo descansa el individuo, teniendo, por lo menos, la cabeza fuera del agua. Se intenta entonces cogerlo; al agacharse, suben los pies por alto y se echa la cabeza sobre la nuca para que el agua no entre en la boca, y así se tiene la postura que es necesaria para nadar; basta ahora mover las manos y se nada. No se trata, sino de cultivar la habilidad natural. Frecuentemente, se necesita una instrucción para esto; á menudo, también el niño mismo es bastante rico en invenciones, ó encuentra él solo los instrumentos.

Lo que ha de observarse en la educación física y, por consiguiente, en lo referente al cuerpo, se reduce, ó bien al movimiento voluntario, ó bien á los órganos de los sentidos. Se trata, en el primer caso, de que el niño se baste siempre á sí mismo. Para ello necesita fuerza, habilidad, agilidad y seguridad; por ejemplo,

que pueda andar por un sendero estrecho, por una altura escarpada, donde ante sí vea un abismo, ó por un suelo vacilante. Cuando un hombre no pueda hacer estas cosas, no es todo lo que podría ser. Desde que dió el ejemplo el *Philan-tropinum*, de Dessau, se han hecho muchos ensayos de esta clase en otros Institutos. Es maravilloso leer, cómo los suizos se acostumbran desde su juventud á ir por las montañas y la habilidad que esto les da; pudiendo pasar con la más completa seguridad por los más estrechos senderos y saltar sobre los abismos, habiendo previamente juzgado á simple vista que pueden salvarlos sin riesgo. Pero la mayor parte de los hombres temen una caída imaginaria, y este temor les paraliza de tal modo los miembros, que les hace muy peligroso el andar de esta manera. Este temor crece generalmente con la edad, y abunda sobre todo, en los hombres acostumbrados á trabajos intelectuales.

Tales ensayos con los niños no son realmente muy peligrosos, porque éstos tienen, en relación á sus fuerzas, un peso mucho menor que los hombres, y por eso no caen tampoco de un modo tan pesado. Además, sus huesos no son ni tan secos ni tan frágiles como lo llegarán á ser con la edad. Los mismos niños ensayan sus fuerzas. Así se les ve frecuentemente tre-

par sin propósito alguno. El correr es un movimiento saludable y que robustece al cuerpo. Son buenos ejercicios también, el saltar, levantar, llevar, lanzar, arrojar hacia un objeto, luchar, correr y todos los de esta clase. El baile artístico parece prematuro para los niños propiamente dichos.

El juego de lanzar, ya á lo largo, ya para dar en el blanco, tiene también como fin el ejercicio de los sentidos, y en particular, el de la vista. El juego de la pelota es uno de los mejores juegos infantiles porque origina una carrera saludable. En general los mejores juegos son los que, á más de desenvolver la habilidad, ejercitan también los sentidos; por ejemplo, los ejercicios de cálculo á simple vista para juzgar exactamente sobre la lejanía, el tamaño y la proporción; para encontrar la situación de los lugares según las regiones, en lo cual tiene que ayudar el sol, etc.; todos estos son buenos ejercicios. También es muy ventajosa la imaginación local, que consiste en la habilidad de representarse todo en los lugares en que realmente se han visto; por ejemplo, el placer de encontrar la salida de un bosque, observando los árboles por los cuales se pasó antes. Lo mismo sucede con la *memoria localis*, mediante la cual, no sólo se sabe en qué libro se ha leído alguna cosa, sino también el lugar donde

está. Así, el músico tiene la representación de las teclas, para no tener que mirarlas. También es necesaria la cultura del oído de los niños á fin de que conozcan por él si una cosa se encuentra lejos ó cerca y el sitio en que está.

El juego de la gallina ciega, era ya conocido por los griegos; lo llamaban *μυίνδα*. Los juegos de los niños son muy generales; los de Alemania se encuentran también en Inglaterra, Francia, etc. Se fundan en una cierta tendencia natural de los niños; en el de la gallina ciega, por ejemplo, comprenden cómo podrían arreglarse si estuvieran privados de un sentido. El peón es un juego particular; sin embargo, estos juegos de niños proporcionan materia á los hombres para más vastas reflexiones, y á veces también, ocasión para inventos importantes. Así, Segner ha escrito una disertación sobre el peón, y el peón ha dado motivo á un capitán de navío inglés para inventar un espejo, mediante el cual se puede medir sobre el barco la altura de las estrellas.

Los niños gustan de los instrumentos ruidosos, por ejemplo, las trompetillas, los tamborcitos, etc. Pero éstos no valen nada, porque importunan á los demás. No obstante, ya sería otra cosa si ellos mismos aprendieran á cortar una caña para poder tocar.

El columpio es también un buen ejercicio, los mismos adultos lo utilizan para su salud; sólo necesitan los niños que se les vigile, porque puede llegar á ser muy rápido el movimiento. La cometa es igualmente un juego inofensivo; educa la habilidad, porque el levantarla muy alta depende de la posición que se tome respecto al viento.

El muchacho se aparta de otras necesidades por el placer de estos juegos, y así aprende poco á poco á pasarse sin otras más graves. Además, adquiere la costumbre de una ocupación continua. Tampoco deben ser meros juegos, sino que han de tener una intención y un fin. Cuanto más se fortifica y se curte de tal modo su cuerpo, se asegura tanto más contra los perniciosos resultados del mismo. La gimnasia sólo debe guiar á la Naturaleza; no debe producir una gracia forzada. Primeramente ha de venir la disciplina y no la instrucción. Pero es preciso considerar, que en la cultura del cuerpo del niño se le forma también para la sociedad. Dice Rousseau: «No llegaréis á formar hombres enteros si no hacéis antes pillos». Se puede hacer mejor de un muchacho despierto un hombre de bien, que de un indiscreto un hombre que obre prudentemente. El niño no ha de ser importuno en sociedad, y menos, adulador; será, incitado

por los demás, confiado sin importunidad, franco, sin impertinencia. El medio de conseguirlo es no mimarle nada, ni darle un concepto de las conveniencias sociales, porque se volverá tímido y silvestre, ó le sugerirá, por otra parte, la idea de hacerse valer. Nada hay más ridículo que la presuntuosa modestia ó la indiscreta vanidad de los niños. En este último caso, hemos de hacerle notar sus faltas, pero sin que sienta mucho nuestra superioridad y dominio, á fin de que se forme por sí mismo, pero en la sociedad, donde el mundo ha de ser bastante grande para él y para los demás.

Toby, en *Tristram Shandy*, dice á una mosca, que le había molestado mucho tiempo y á la que deja salir por la ventana: «Vete, perverso animal, que el mundo es bastante grande para mí y para ti». Y esto podría tomarlo cada uno por lema. No debemos importunarnos unos á otros; el mundo es bastante grande para todos.

---

Llegamos ahora á la cultura del alma, que, en cierto modo, también se puede llamar física. Hay que distinguir la naturaleza de la libertad. Dar leyes á la libertad es muy otra

cosa que formar (*bilden*) la Naturaleza. La naturaleza del cuerpo y la del alma están de acuerdo en que se ha de impedir perturbar su recíproca educación, y en que el arte aún ha de añadir algo tanto á una como á otra. Por consiguiente,—de alguna manera—puede llamarse física á la educación del alma como á la del cuerpo.

La formación física del espíritu se diferencia de la formación moral en que ésta no se refiere más que á la libertad y aquélla sólo á la naturaleza. Un hombre puede estar físicamente muy cultivado, puede tener el espíritu muy formado, pero estar moralmente mal educado y ser una mala criatura.

Hay que distinguir la cultura *física* de la *práctica*, que es *pragmática* ó *moral*. La última tiene por fin la moralización y no el cultivo del hombre.

Dividimos la cultura *física* del espíritu en *libre* y *escolar*. La *libre*, poco más ó menos, no es más que un juego; la *escolar*, por el contrario, supone un proceso; la *libre* es la que se ha de seguir siempre en el alumno; se le considera en la *escolar* como sometido á la coacción. Se puede estar ocupado en el juego lo que se llama pasar el tiempo, pero también se puede estarlo por la coacción, y esto se llama trabajar. La educación escolar debe

ser un trabajo para el niño; la libre, un juego.

Se han trazado distintos planes de educación para buscar, lo que es muy loable, cuál es el mejor su método. Se ha pensado, entre otros, hacer que los niños aprendan todo jugando. Lichtenberg se burla, en un número del *Magazin de Gotinga*, de la ilusión de que los muchachos lo hagan todo como juego, en vez de acostumbrarles desde temprano á los negocios, porque alguna vez han de entrar en la vida activa. Esto produce un resultado absurdo. El niño debe jugar, debe tener sus horas de recreo; pero tiene también que aprender á trabajar. La cultura de su habilidad es, sin duda, tan buena como la del espíritu; pero ambos modos de cultura han de practicarse en diferente tiempo. Ya es una gran desgracia para el hombre ser muy propenso á la ociosidad. Cuanto más ha holgazaneado, más difícil le es decidirse á trabajar.

En el trabajo, la ocupación no es agradable por sí misma, si no se emprende con otro propósito. La ocupación del juego, por el contrario, es agradable en sí, sin que haya necesidad de proponerse para ello ningún fin. Cuando se va á pasear, el propósito es el mismo paseo, y por ésto, cuanto más largo es el camino, tanto más agradable nos resulta. Pero cuando vamos á algún sitio, sea á la sociedad que se

encuentra en tal punto, sea otra cosa el objeto de nuestro paseo, escogemos con gusto el camino más corto. Lo mismo pasa con el juego de cartas. Es realmente singular, ver cómo hombres razonables son capaces de estar sentados, mezclando las cartas, horas y horas. Esto prueba que los hombres no dejan de ser niños tan fácilmente. Pues ¿aventaja en algo este juego al de la pelota de los niños? No quiere decirse precisamente que las personas mayores monten á caballo en los bastones, aunque cabalgan en otras manías.

Es de la mayor importancia que los niños aprendan á trabajar. El hombre es el único animal que necesita trabajar. Ha de estar muy preparado para que pueda gozar de su sustento. Se contesta, sin duda, negativamente, á la pregunta de si se hubiera mostrado el cielo más propicio para con nosotros preparándonoslo todo, sin que tuviéramos que trabajar; porque el hombre ha de estar ocupado, aun en aquellas cosas que llevan consigo cierta coacción. Es falso asimismo, creer que al haber permanecido Adán y Eva en el Paraiso, no hubieran hecho más que estar juntos, cantar canciones pastoriles y contemplar las bellezas de la Naturaleza. En tal estado les hubiera atormentado el aburrimiento, lo mismo que á los demás hombres.

El hombre ha de estar ocupado de tal modo que, lleno del fin que tiene á la vista, casi no se sienta á sí mismo; su mejor descanso es el que sigue al trabajo. Por consiguiente, se ha de acostumbrar al niño á trabajar. ¿Y dónde mejor que en la escuela debe cultivarse la afición al trabajo? La escuela es una cultura coercitiva (*zwangmässige*). Es de lo más perjudicial habituar al niño á que mire todas las cosas como un juego. Ha de tener un rato para recobrar fuerzas, pero es preciso también que tenga sus momentos de trabajo. Si no comprende inmediatamente para qué le sirve esta coacción, más tarde advertirá su gran utilidad. En general, se acostumbraría á los niños á la indiscreción, si se contestara siempre á sus preguntas: ¿para qué es ésto? ¿y aquéllo? La educación tiene que ser coercitiva, pero sin que por ello haya de esclavizar á los niños.

En lo que se refiere á la cultura libre del espíritu, se ha de observar, que continúa siempre. Tiene que dirigirse propiamente á las facultades superiores. Se cultivarán además las inferiores, pero sólo en vista de aquéllas; el ingenio, por ejemplo, en vista de la inteligencia. La regla principal en este asunto es que no se ha de cultivar aisladamente ninguna facultad, por sí misma, sino cada una en rela-

ción con las demás; la imaginación, por ejemplo, en provecho del entendimiento.

Las facultades inferiores no tienen por sí solas ningún valor, v. gr.: un hombre de mucha memoria, pero sin ningún juicio. Semejante individuo no es más que un léxico viviente. Son necesarias también estas bestias de carga del Parnaso, porque, aunque no realicen nada razonable por sí, arrastran materiales con los cuales otros pueden producir alguna cosa buena. El ingenio hace grandes necedades, cuando no le acompaña el juicio. El entendimiento es el conocimiento de lo general. El juicio es la aplicación de lo general á lo particular. La razón es la facultad de comprender la unión de lo general con lo particular. Esta cultura libre sigue su curso desde la infancia hasta que cesa toda educación. Cuando un joven, por ejemplo, aduce una regla general, se le puede hacer citar casos de la historia, de la fábula en que esté disfrazada, pasajes de los poetas donde esté expresada, y proporcionarle de este modo ocasión de ejercitar su ingenio, su memoria, etc.

La máxima *tantum scimus, quantum memoria tenemus* (1) tiene, sin duda alguna, su

(1) El conocimiento está en relación directa con la memoria. (N. del T.)

exactitud, por lo cual es muy necesaria la cultura de la memoria. Todas las cosas están dispuestas de tal modo, que el entendimiento ha de seguir las impresiones sensibles y la memoria, conservarlas. Esto sucede con las lenguas. Se las puede aprender, bien de memoria—formalmente—ó mediante la conversación, y este último método es el mejor en las lenguas vivas. El estudio de los vocablos es realmente necesario, pero es mucho mejor, que los aprendan los niños cuando los encuentren en un autor, que se les ha mandado leer. La juventud ha de tener una tarea fija y determinada. Se aprende mejor la geografía por un cierto mecanismo. La memoria prefiere particularmente este mecanismo, que es también muy conveniente en una porción de cosas. Hasta ahora no se ha encontrado todavía ninguno á propósito para la historia; se han ensayado unas tablas; sin embargo, parece que no dan buenos resultados. La historia es un excelente medio para ejercitar en el juicio al entendimiento. La memoria es muy necesaria, pero no vale absolutamente nada, cuando se hace de ella un mero ejercicio; por ejemplo, cuando se hace aprender los discursos de memoria. En rigor, esto no sirve más que para favorecer la osadía; y la declamación, por otra parte, no conviene más que á los hombres.

Aquí pertenecen también todas las cosas que no se aprenden más que para un futuro examen ó en consideración al *futuran oblivio-nen* (1). No se ha de emplear la memoria más que en las cosas cuya conservación nos sea conveniente y que tengan relación con la vida real. Es perjudicial á los niños la lectura de novelas, porque no les sirven más que de distracción mientras las leen; debilita también la memoria, pues sería ridículo retener la novela y quererla contar á los demás. Se ha de retirar, por tanto, toda novela de manos de los niños. Mientras las leen, imaginan en ellas otra novela, porque se representan de otro modo las circunstancias, divagan y quedan como aturdidos.

No se han de permitir nunca las diversiones, á lo menos en la escuela, pues acaban por producir cierta inclinación, cierto hábito á ellas. Los que son dados á las diversiones, pierden sus más hermosas cualidades. Aunque los niños se distraigan en sus juegos, vuelven pronto al recogimiento; cuando preparan una mala partida, se les ve con frecuencia distraídos, pues entonces reflexionan cómo han de ocultarla ó repararla. En estos momentos, no oyen más que la mitad de lo que se les habla,

(1) Que se ha de olvidar. (N. del T.)

responden al revés, no se enteran de lo que leen, etc.

La memoria se ha de cultivar desde muy temprano, sin olvidar tampoco la inteligencia.

Se cultiva la memoria: *a)* Reteniendo los nombres que se encuentran en las narraciones; *b)* mediante la lectura y escritura, pero ejercitándolas reflexivamente y no por el deletreo; *c)* mediante las lenguas, que los niños han de aprender hablándolas, aún antes de que lleguen á leer. Puede prestar un buen servicio, convenientemente arreglado, el llamado *orbis pictus*, pudiéndose comenzar principalmente por la botánica, la mineralogía y la física. Al hacer una indicación en estas materias, se da motivo á modelar y dibujar, para lo que se necesitan las matemáticas. Lo más conveniente es que la primera instrucción científica se dirija hacia la geografía, tanto matemática como física. Los relatos de viajes, explicados con grabados y mapas, conducen en seguida á la geografía política. Del estado actual de la superficie terrestre, se vuelve al primitivo y se llegará á la geografía é historia antiguas.

Hay que tratar de unir lentamente en la instrucción del niño el saber y el poder. Las matemáticas parecen ser, entre todas las ciencias, el único medio de satisfacer este fin. Además, es preciso unir el saber y el idioma

(la elocuencia, el bien decir y la retórica). También ha de aprender el niño á distinguir claramente el conocimiento, de la mera opinión y de la creencia. De este modo, se prepara un recto entendimiento y un gusto, no *fino* ó delicado, sino *exacto*. Hay que preparar antes el gusto de los sentidos, sobre todo el de la vista, y, en último lugar, el de las ideas.

Ha de haber reglas en todo lo que deba cultivar al entendimiento. Es muy útil abstraerlas, para que el entendimiento no obre sólo mecánicamente, sino con conciencia de una regla. Es también muy conveniente cristalizar las reglas en ciertas fórmulas y confiarlas así á la memoria. Nosotros tenemos las reglas en la memoria y no las encontramos pronto cuando descuidamos usarlas. Se pregunta aquí: ¿deben preceder las reglas *in abstracto*? ¿se deben aprender como consecuencia del uso? ¿las reglas y el uso deben ir á pasos iguales? Esto último es lo que únicamente conviene. En otro caso, el uso es muy largo é inseguro hasta que no se llega á alcanzar las reglas. Han de aprenderse éstas ocasionalmente, pero también clasificadas, pues no se pueden retener, cuando no están unidas entre sí. Por eso, ha de preceder algo la gramática en el estudio de los idiomas.

También es preciso dar un concepto sistemático del fin completo de la educación y del modo de alcanzarlo.

A) *La cultura general de las facultades del espíritu*, diferente de la especial. Tiene por objeto la habilidad y el perfeccionamiento; no enseña en particular al alumno, sino que fortifica las facultades de su espíritu. Es

a) *ó física*, dentro de lo que todo descansa en el ejercicio y en la disciplina, sin que los niños necesiten conocer ninguna máxima; *pasiva* para el alumno, que ha de seguir la dirección de otro; otros piensan por él:

b) *ó moral*, que no se apoya en la disciplina, sino en máximas. Todo se pierde, si se quiere fundarla sobre ejemplos, amenazas, castigos, etc. Sería entonces mera disciplina. Se ha de procurar, que el alumno obre bien por sus propias máximas y no por costumbres; que no sólo haga el bien, sino que lo haga porque es bueno. Pues el único valor moral de las acciones está en las máximas del bien. La educación física se diferencia de la moral en que aquélla es pasiva para el alumno, mientras que ésta es activa. Ha de comprender siempre el fundamento y la derivación de los actos por la idea del deber.

B) *La cultura particular de las facultades del espíritu*. A ella pertenece la cultura

de las facultades del conocimiento, de los sentidos, de la imaginación, de la memoria, de la atención y del ingenio, en lo que concierne á las *facultades inferiores* del entendimiento. Se habló ya anteriormente, de la cultura de los sentidos, por ejemplo, de la vista. Por lo que hace á la cultura de la imaginación, es preciso observar lo siguiente: los niños tienen una imaginación extremadamente fuerte, y no hay que excitarla y alimentarla con cuentos. Más bien se la ha de sujetar y someter á reglas; pero sin dejarla del todo desocupada.

Los mapas tienen cierto encanto para todos los niños, hasta para los más pequeños. Aun fatigados, aprenden algo todavía, cuando se usan. Es esta una labor, que no deja vagar su imaginación, antes bien, la detiene en ciertas figuras. Podría hacérseles comenzar por la geografía, y al mismo tiempo unir á ésta, figuras de animales, vegetales, etc., que la vivifiquen. La historia vendría después.

En cuanto á la atención, obsérvese que es preciso fortificarla. Una persistente aplicación de nuestro entendimiento á un objeto, revela, más que una buena condición, debilidad de nuestro sentido interno; porque en tal caso pierde la flexibilidad y no se puede emplear á voluntad. La distracción es enemiga de toda

educación. Y en la atención descansa la memoria.

Lo relativo á las facultades superiores del espíritu comprende la cultura del entendimiento, del juicio y de la razón. Al principio también se puede educar el entendimiento, en cierto modo, pasivamente, citando ejemplos para la regla, ó al revés, encontrando reglas para los casos particulares. El juicio indica el uso que se ha de hacer del entendimiento. Es necesario comprender lo que se aprende ó se habla, y no repetir nada sin que se comprenda. ¡Cuántos leen y oyen sin comprender, aun creyéndolo así! Para evitar esto, se necesitan imágenes y cosas.

Mediante la razón se comprenden los fundamentos; pero hay que pensar que se habla aquí de una razón aún no dirigida. El niño no debe querer, pues, razonar siempre; tampoco ha de razonar mucho sobre lo que supera á nuestras ideas. Aún no se trata en este sitio de la razón especulativa, sino de reflexionar sobre lo que procede según sus causas y efectos. El niño tiene una razón práctica en su economía y organización.

Se *educan* mejor las facultades del espíritu, haciendo por sí mismo todo lo que se pretende, por ejemplo, cuando se pone en práctica la regla gramatical que se ha

aprendido. Se comprende mucho mejor un mapa, cuando se le puede hacer por uno mismo. El mejor recurso para comprender, es producir. Lo que, más ó menos, se aprende por sí mismo, es lo que se aprende más sólidamente y lo que mejor se conserva. Con todo, sólo algunos hombres se encuentran en esta situación: se les llama autodidactas (*αὐτοδιδάκτοι*).

En la cultura de la razón se ha de proceder socráticamente. En los diálogos que Platón, de algún modo, ha conservado, da Sócrates—que se llamaba la partera de los espíritus—el ejemplo de cómo las gentes de edad pueden sacar mucho por sí mismas de su espíritus. Se usa la razón de los niños en muchas cosas que no debía usarse. No han de razonar en todo. No deben conocer los fundamentos de aquello que se emplea para educarlos; pero sí, los principios, en cuanto se trata del deber. Se ha de mirar principalmente en esto, no meterles los conocimientos racionales, sino más bien sacarlos de ellos mismos. El método socrático debía dar la regla al catequístico. Aquél es, sin duda, lento y difícil de acomodar para que, mientras se *sacan* los conocimientos á unos, puedan aprender algo los otros. En muchas ciencias es también bueno el método mecánico-catequístico, por ejemplo, en la exposición

de la religión revelada. En la religión universal, por el contrario, se tiene que usar el método socrático. Se recomienda especialmente el método mecánico-catequístico para lo que se tiene que enseñar históricamente.

Corresponde aquí también la educación del sentimiento de placer y de disgusto. Tiene que ser negativa, pero sin halagar el sentimiento mismo. La inclinación á la comodidad es para el hombre peor, que todos los males de la vida. Por eso es de una extrema importancia, enseñar á trabajar á los niños desde el principio. Cuando no están ya mimados, les gustan las diversiones á las cuales va unida la fatiga y las ocupaciones en que necesitan fuerzas. No hay que dificultarles sus placeres ni dejárselos escoger. Ordinariamente las madres educan mal á sus hijos y los miman. Y no obstante, se observa que los niños, en particular los hijos, quieren á sus padres más que á sus madres. Esto nace de que las madres no les dejan saltar, corretear, etc., por temor á que puedan hacerse daño. El padre, que, por el contrario, los riñe, los pega cuando han sido malos, á veces los lleva al campo y allí los deja corretear, jugar y estar contentos, como es propio de su edad.

Se cree ejercitar la paciencia de los niños haciéndoles esperar las cosas mucho tiempo.

Sin embargo, esto no debe ser necesario. Pero sí necesitan la paciencia en las enfermedades, etc. La paciencia es doble. Consiste, ó bien en renunciar á toda esperanza, ó bien en recobrar un nuevo valor. La primera no es necesaria cuando sólo se pide lo que es posible, y se tiene siempre la última cuando se desea sólo lo que es justo. La desesperación agrava tanto las enfermedades, cuanto las mejora el buen valor. Pero ¿quién es capaz de hacer comprender á los enfermos, que no abandonen la esperanza de su estado físico ó moral?

Tampoco ha de hacerse tímidos á los niños. Sucede esto principalmente, cuando se les dirige injurias y se los avergüenza con frecuencia. Aquí encajan particularmente las palabras de muchos padres; «¡Puf; avergüénzate!» No se ve propiamente de qué debían avergonzarse, por ejemplo, cuando tienen los dedos en la boca, etc. Se les puede decir: esto no es conveniente, pero no se les debe dirigir un «¡puf, avergüénzate!», más que en el caso de mentir. La Naturaleza ha dado al hombre el rubor para que le traicione en cuanto mienta. Por eso los padres no deben hablar nunca de vergüenza á los niños, más que en el caso de que mientan, y de este modo conservarán el rubor para la mentira durante toda su vida. Pero si se están avergonzando constantemente,

te, adquirirán una timidez, que conservarán toda la vida.

Es preciso no romper la voluntad de los niños, como ya se dijo antes, sino sólo guiarla de modo que ceda ante los obstáculos naturales. Al principio, el niño tiene que obedecer á ciegas. No es natural que mande por sus gritos y que el fuerte obedezca al débil. Nunca, pues, habrá que complacer á los niños por sus gritos, aun en su infancia, ni dejarles conseguir nada por este medio. Ordinariamente se equivocan los padres en este asunto, y quieren más tarde repararlo, negándoles en absoluto todo lo que desean. Es muy absurdo negarles sin motivo alguno lo que esperan de la bondad de sus padres, sólo por contrariarles y hacer —á los débiles— sentir su superioridad.

Se mima á los niños, cuando se satisface sus gustos, y se les educa de un modo completamente falso, saliendo al encuentro de su voluntad y de sus deseos. Esto sucede ordinariamente, cuando los niños sirven de juguete á los padres, particularmente en la época que comienzan á hablar. Pero esto mismo les causa un gran mal durante toda su vida. Efectivamente se les impide mostrar su enojo, saliendo al encuentro de su voluntad, pero entonces se enfurecen más y más interiormente. Aún no han podido conocer el modo cómo deben portarse;

por consiguiente, la regla que se ha de observar con los niños desde su más tierna infancia, es auxiliarles cuando griten y se crea que algo les hace daño, pero no hacerles caso cuando meramente griten por cólera. Más tarde, se observará de modo continuo una conducta semejante. Es del todo natural, la resistencia que encuentra el niño en estos casos, y es propiamente negativa, sólo porque no se acude á sus súplicas. Por el contrario, muchos niños obtienen de sus padres todo lo que piden cuando ruegan. Dejándoles conseguirlo todo con sus gritos, se encolerizan, pero si lo obtienen con ruegos, llegan á hacerse blandos. Hay que acceder á las súplicas de los niños si no se tiene ninguna razón importante en contra; pero habiendo motivos para no ceder, tampoco hay que dejarse conmover por sus muchas súplicas. Una negativa tiene que ser irrevocable. Esto lleva á no tener que negar frecuentemente.

Suponiendo que existiera en el niño una inclinación natural á la obstinación, lo que sólo se puede aceptar como extremadamente raro, el mejor modo de proceder, es no complacerle en nada, cuando tampoco nos haga nada con gusto.—El quebramiento de la voluntad le produce un modo servil de pensar; por el contrario, la resistencia natural ocasiona la docilidad.

La cultura moral tiene que fundarse en las máximas, no en la disciplina. Esta impide los vicios, aquélla forma el modo de pensar. Ha de mirarse, pues, á que el niño se habitúe á obrar por máximas y no por ciertos estímulos. Con la disciplina sólo queda una costumbre, que se extingue con los años. El niño debe aprender á obrar por máximas, cuya justicia comprenda él mismo. Fácilmente se ve, que es difícil conseguir esto con los niños pequeños, y que la educación moral exige la mayor ilustración de parte de los padres y de los maestros.

Cuando el niño miente, por ejemplo, no se le ha de castigar, sino acogerle con desprecio, decirle que no se le creará en lo futuro, etcétera. Pero si se le castiga cuando obra mal ó se le recompensa cuando obra bien, hará lo bueno para que se le trate bien. Más tarde, vendrá al mundo en que no sucede así, donde puede hacer el bien sin una recompensa, y el mal sin un castigo, y entonces será un hombre que sólo mire el medio de prosperar, y será bueno ó malo, según lo encuentre más ventajoso.

Es preciso que las máximas nazcan del hombre mismo. En la cultura moral se debe inculcar pronto á los niños el concepto de lo que es bueno ó malo. Si se quiere fundamentar